QUIROFANO

Alberto Jiménez Ure

-Prefacio-

Así como todo quirófano tiene una sala de espera, ninguna intervención *quirúrgica* acontece sin una atmósfera previa de pánico. Entonces, el tiempo no le es indiferente a un sujeto presa de la impotencia. Por lo contrario, lo ve transcurrir a la velocidad de una tortuga. Al cambio de las cosas he aceptado, amigo lector, mi inconmensurable ignorancia. Lo digo porque cuando este *prefacio* ascendió a mi conciencia, a mi razón, jamás había imaginado que presenciara y compartiría a la impotencia de un paciente sometido a la anestesia.

-Capítulo Primero-

La primera semana del mes de Junio de 1982, un domingo a las 8. a.m. Carla fue introducida al *quirófano*. Yo me sentía tranquilo, imperturbable, convencido de que la operación sería un éxito. Ya mi apreciadísimo amigo, el Doctor Philips, se ha trajeado para intervenirla (con un mono verde, ancho, cómodo y esterilizado).

-*Carlita está nerviosa* -murmuró sonreído, el Doctor Philips, mientras se secaba las manos en la sala de espera-. Le teme a la anestesia: ja, ja, je... Las operaciones en las parótidas son sencillas.

Capítulo Segundo-

Me contagió aquella franca carcajada, Philips penetró, nuevamente, al *quirófano*. Me dispuse a leer los periódicos. El frío me molestaba. Escruté las plantulas que daban un hermoso aspecto, casi supranormal, al finito patio frontal. Miré el cielo. Las golondrinas retozaban en el firmamento. Respiré hondo, quizá en extremo, como lo hacen los asmáticos. Doblé el periódico que leía. Recordé cuánto detesto las verdades matemáticas evidentes. Cada minuto era un *axioma*, una de esas realidades aritméticamente infalibles *Sin zapatos, mis pies miden 48 centímetros*. Y con ellos, sin darme cuenta, recorrí la distancia entre el banquillo de la sala de espera y el mencionado patio frontal.

-Capítulo Tercero-

Pensé que la intervención terminaría pronto y, gracias a la

benevolencia de *Dios*, volvería junto a Carla. Pero, me equivoqué. Más tarde, el reloj me anunció la hora y cuarenta minutos de intervención. Repentinamente una enfermera salió y, sin quitarse la mascarilla me inquirió:

- ¿Eres Alberto, cierto?
- Sí -respondí sorprendido.
- El Doctor Philips desea verte en el *quirófano*.

Rápidamente me llevó a una habitación contigua al *quirófano* donde, aparte de dos estantes llenos de frascos, sólo vi trajes esterilizados y mascarillas. Me puse uno de los verdes trajes e irrumpí a la sala. La *instrumentista* me saludó con un movimiento de cabeza. El *anestesiólogo* me miró sin expresión. El Doctor Philips me ordenó que me acercara. Carla respiraba profundo, muy profundo. Nunca antes la vi tan indefensa, tan *impotente*, atrapada con una máscara de oxígeno en una estrecha cama. Tuve la sensación de que era alguien ajeno a mi mundo. Pero, simultáneamente, padecí la misma *impotencia* que inspiraba su cuerpo ante el cirujano.

De súbito, apareció un enorme murciélago vestido de plomo. El Doctor Philips, el anestesiólogo, la enfermera y la instrumentista
 -*Este es el nervio facial* -me indicó el Doctor Philips, con rostro severo. *Observa: le raspé bastante la zona afectada por los tumorcitos, cinco en total y le extraje la parótida completa.*

De súbito, apareció un enorme murciélago vestido de plomo. El Doctor Philips, el anestesiólogo, la enfermera y la instrumentista parecían estar en trance el hipnótico. Eran estatuas, yo desafié al pajarraco extraterrestre. Como lo he declarado otras veces, me placen infinitamente los duelos. Por tal causa, sentí una dureza física superior a la del diamante, al acero, al adjetivo invulnerable. El pajarraco, cuyas alas medían un metro cada una, me abrazó enfurecido. Nos envilecimos en una ardua lucha a muerte.

Cuerpo a cuerpo, el combate se prolongó durante diez o más minutos. El pajarraco se fundió transformándose en un trozo de carne con cinco tumorcitos: sin duda, inocuos, Philips despertó del trance y me dijo:

- ¿Te das cuenta de que no volverán a reproducirse?
- Comparto su opinión, Doctor -repliqué maravillado.

El enrarecido ambiente se sobreiluminó. El Doctor procedió a suturar la herida. Ejecuté varios pasos hacia la salida. Me detuve en el cuarto de los trajes esterilizados. Me quité el que me ocultaba. Salí. Afuera, Carla me esperaba erguida. Al verla, experimenté horror. Con mirada apacible, me indagó:

-¿Se recuperará el murciélago?